EMMA ROIG

Llega el temido San Valentín. ¿Pasarlo por alto u organizar una velada cursi? En plena crisis económica, celebrarlo constituye un acto patriótico y es de lo más cotilla. ¡Anímense!

Amor en Tiempos de Cólera

El amor ya no es lo que era. Una amiga mía descubrió en la guantera del coche de su marido un anillo igual al que éste le acababa de regalar. Cuando, incrédula, le pidió explicaciones, el esposo alegó que lo había comprado para su hermana. "¿Para mi hermana? ¿Cómo te atreves? ¡Si se acaba de amputar el dedo en un accidente de tráfico!", le gritó antes de obligarle a confesar el nombre de su amante.

No todas las historias de San Valentín son tan extremas. Es un hecho que el amor, como la moneda (antes del euro), se devalúa. Un proverbio chino dice que si uno coloca una canica en una pecera por cada vez que hace el amor en el primer año de relación y las va extrayendo después, aunque viva hasta los noventa no terminará de sacarlas. Los primeros años siempre fueron mejores y algunas pasan su vida de casadas echando de menos a aquel entregado novio que un (bendito) día se les declaró poniendo en el postre un anillo de compromiso con el que casi se atragantan. "Si llega a ser pequeño, me lo trago", me dijo una amiga, satisfecha de que el tamaño del *piedrón* la salvara de una muerte segura.

Aquí, en Inglaterra, en la época victoriana, se hacían unas elaboradísimas tarjetas con encajes y lazos de raso para conmemorar la fiesta del mártir romano, pero con el paso del tiempo, si a una le cae una felicitación de Hallmark o una caja de bombones se puede dar por satisfecha. Aunque muchos consideran que celebrar el 14 de febrero es el colmo de la cursilería, este año de crisis económica hay que reivindicarlo como un acto patriótico. En San Valentín debemos salir en masa a cenar, aunque solo sea para reavivar la industria hostelera. Una vez en el restaurante uno se lo puede pasar en grande observando los comportamientos de las parejas que le rodean. Y jugar a adivinar quiénes están empezando, quiénes viven un romance ilícito o quiénes están más aburridos que la chica del guardarropa. Es interesante ver cómo algunos se crecen entre rosas, velas y expectativas románticas. Para mí, la prueba de fuego es ver cuántos sobreviven sin una sola mirada furtiva al teléfono o la Blackberry. ¡Eso sí que es amor!

Nada da muestras de mayor valentía que autoinvitarse a una cena (romántica o no), haciendo gala del célebre eslogan *porque yo lo valgo*, y llevarse a la mascota. Un amigo mío gay quiere festejar San Valentín junto a su caniche, al que piensa teñir el pelo de rojo (pasión), y pasar la velada declarándole su amor incondicional sin esperar, a cambio, ni un mísero ladrido. □

ILUSTRACIÓN DE PEPE MEDINA